

Mercedes Prieto, editora

Mujeres ecuatorianas. Entre las crisis y las oportunidades 1990-2004

Flacso-Ecuador, 2005

Después de una década de la celebración de la IV Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing y once años de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo en El Cairo, el libro *Mujeres ecuatorianas. Entre las crisis y las oportunidades, 1990-2004*, nos plantea un balance de los compromisos asumidos por el gobierno, los grupos de mujeres y la comunidad internacional para conseguir un mejoramiento en la situación y condición de las mujeres ecuatorianas. La problemática se aborda desde cuatro temas: a) tendencias demográficas, b) participación política y ciudadana, c) derechos sociales y d) el análisis de las nuevas generaciones. Los artículos que componen el libro utilizan la información estadística oficial desde 1990 a 2004 para identificar las tendencias de los indicadores en el período y desde este conocimiento puntualizar los retos para el futuro.

Las tendencias demográficas revisan la dinámica de la población femenina ecuatoriana, la fecundidad, la mortalidad y el comportamiento reproductivo. Constata, por ejem-

plo, que la población ecuatoriana se encuentra en una etapa de transición, que al final de la década ha determinado la existencia de un grupo creciente de mujeres adultas mayores, para las cuales se necesitan políticas concretas de bienestar. En este sentido, el capítulo analiza el impacto y la extensión de las políticas aplicadas en torno a diversos grupos de edad, de acuerdo a los compromisos asumidos por el gobierno del Ecuador en el Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (CPID).

Como parte de la dinámica demográfica, el libro trata la experiencia migratoria transnacional diferenciando sus condicionantes y efectos para hombres y mujeres. El artículo sobre el tema incluido en el libro argumenta sobre la pertinencia del análisis de género para entender la migración, más allá de la justificación económica que subyace en la decisión de desplazarse. Así, tanto las motivaciones para migrar como las plazas de trabajo que se demandan para ellos y ellas en el extranjero están determinadas, en buena parte, por roles y conflictos de género. Sin duda, la migración para las mujeres involucra sus articulaciones a las esferas productiva y reproductiva, como se explica en el texto, y trae consigo efectos y cambios en las estructuras familiares ecuatorianas.

Con relación a la participación política y a la ciudadanía de las mujeres se exponen dos entradas que exploran la medida en que los compromisos de Beijing, de garantizar la igualdad en el acceso y la plena participación de las mujeres en las estructuras de poder y en la adopción de decisiones, se han cumplido para las mujeres ecuatorianas. La primera toma como eje de análisis la participación política de las mujeres urbanas y su derecho a ser elegidas. Desde este enfoque se relaciona la organización de las mujeres con el Estado, la presencia de ellas en los partidos políticos y en las elecciones. Especial dedicación se pone en la aplicación de la ley de cuotas y su efectividad. La segunda perspectiva se orienta a observar a las mujeres indígenas con referen-

cia a las tensiones entre el movimiento de mujeres y el movimiento indígena. Estas tensiones permiten articular una reflexión de las interacciones entre género, clase y etnicidad que explican las distancias entre las mujeres indígenas y los movimientos de mujeres.

Recogiendo los objetivos de las conferencias de Beijing y el Cairo, los temas de salud, educación y trabajo se tratan en el libro como derechos sociales de las mujeres. Se revisan indicadores de acceso y calidad de los servicios para determinar los impactos reales en la situación y la condición de las mujeres ecuatorianas. Así, por ejemplo, a través de un modelo que analiza los determinantes de la demanda de atención del parto, se enfatizan las disparidades que se presentan entre distintos grupos de mujeres respecto a la atención de su salud sexual reproductiva. De esta manera, las mujeres rurales y las mujeres indígenas son grupos especialmente excluidos de los servicios de salud. En la educación, uno de los puntos más novedoso y controversiales, es el análisis de los retornos educativos diferenciados entre hombres y mujeres y que relaciona la escolarización con los ingresos potenciales. Esta exploración revela que las mujeres tienen rendimientos decrecientes a sus crecientes niveles de estudios, mientras que los hombres obtienen retornos positivos.

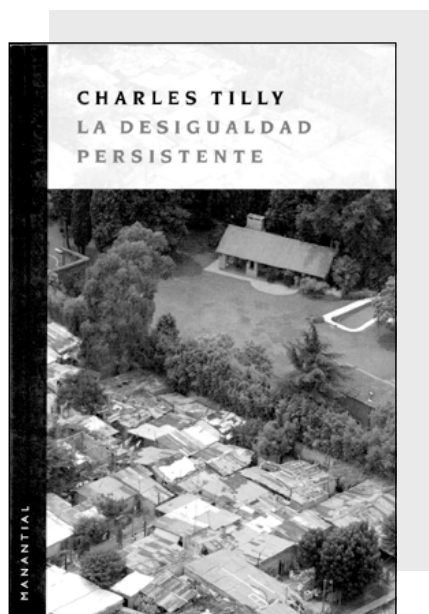
La participación de las mujeres en el mercado de trabajo se estudia considerando los niveles micro, meso y macro que permiten observar aspectos tales como la incorporación de la mano de obra femenina con carácter más permanente en la década, la desregulación y la informatización de las condiciones normativas y los ambientes laborales que afectan más a las mujeres que a los hombres. Se parte del contexto internacional del Ecuador, que favorece la flexibilización laboral y liberalización de la economía y de la aguda crisis vivida por el país a fines del siglo XX, para destacar cómo las mujeres incrementan su participación laboral con la crisis económica, pero en condiciones de precariedad. Adicionalmente el texto llama la atención de

manera crítica a la medición de la pobreza y las particulares situaciones que las mujeres enfrentan en el acceso y control de los recursos, no sólo económicos, sino de tiempo -por ejemplo- y que no se reflejan adecuadamente en los indicadores convencionales.

El artículo sobre las niñas y adolescentes señala las condiciones de desventaja de este grupo, no sólo porque sus problemas están prácticamente ausentes en el análisis, sino también por las visiones que tienen los grupos que diseñan políticas, las cuales perpetúan los roles tradicionales de género e invisibilizan las particularidades de las niñas y las adolescentes. Pese a ello, el texto plantea que las políticas universales de salud y de educación han provocado en los últimos diez años mejorías en algunos indicadores sociales. Sin embargo, persisten y se crean nuevas formas de exclusiones. En este sentido, se identifican, por ejemplo, los mayores riesgos de salud y particulares enfermedades de las niñas. Asimismo, el artículo llama la atención sobre cómo los indicadores sociales ocultan una cultura de exclusión que viven las niñas y las adolescentes.

En suma, el libro toca problemas pertinentes del país, revela los niveles alarmantes de pobreza e inequidades al tiempo que sugiere una mirada crítica a la aplicación y efectividad del enfoque de equidad de género en las políticas. Pese a los esfuerzos desplegados, a sus aciertos, especialmente en el campo de la participación política, hay aún un largo camino por recorrer para que las mujeres rurales, las mujeres indígenas y afrodescendientes vivan dignamente. El libro también nos pone por delante carencias de información y análisis que deben ser afrontados como es, por ejemplo, lo relativo al trabajo no remunerado. Los hallazgos de los estudios presentados así como la información pueden ser de enorme interés a la hora de diseñar e implementar políticas públicas orientadas a la equidad de género.

Jacqueline Contreras



Charles Tilly, 2000 (1998)

La desigualdad persistente

Manantial, Argentina, 302 págs.

Entre la ortodoxia relacional y el espíritu sociológico

Desde que una persona empieza a involucrarse en el estudio sociológico, se puede percatar que la desigualdad social es uno de los temas que más copa la atención, no sólo por la importancia académica del mismo, sino también por la importancia existencial que presenta para muchos, lo que genera que sea uno de los temas más debatidos en la historia de las ciencias sociales. *La desigualdad persistente* se presenta como una referencia obligatoria al estudio de este fenómeno actualmente, pero ¿qué tiene este texto en especial para ser tomado en cuenta en este enorme y viejo debate? ¿Cuáles son sus aportes para la comprensión de la desigualdad y el desarrollo de las ciencias sociales?

Charles Tilly¹ es uno de los más destacados e influyentes pensadores estadounidenses contemporáneos, especializado en el análisis histórico de los cambios sociales de larga esca-

la y su relación en la acción colectiva. Quizás esto, su enorme trayectoria, le ha permitido tener un amplio conocimiento de la historia mundial así como también los detalles y las regularidades de los procesos.

El atributo principal del pensamiento de este autor está marcado por un incesante repudio a las explicaciones esenciales (teológicas) de los procesos sociales, producto de las explicaciones autónomas y autopropulsadas provenientes del individualismo, los grupos y las sociedades². La superación a este problema está, siguiendo a Tilly, en la aceptación de vínculos en lugar de esencias; es decir, en el funcionamiento de modelos relacionales de la vida social que se inician con transacciones o lazos interpersonales. Esto sin duda genera un desplazamiento en los niveles de análisis, que lo hace pasar constantemente de un nivel micro a un nivel macro (y viceversa), de un nivel personal a un nivel interpersonal, sin las cuales la acción y el proceso social no tendría sentido en sí mismos; sin embargo, hay autores como Wright³, que piensan que es razonable decir que Tilly es un esencialista de las relaciones sociales y por lo tanto, diría yo, un ortodoxo más.

En *La desigualdad persistente*, Tilly no busca explicar qué es lo que provoca la desigualdad humana en general. Más bien, parte

1 Nació en Lombard, Illinois, en 1929 y estudió en la Universidad de Harvard. Hizo su Ph.D. en sociología en 1958. Fue director del Centro de Estudios para el Cambio Social de la *New School for Social Research*. Actualmente es profesor de la Universidad de Columbia. Ha sido autor de varios libros y artículos sobre acción colectiva, cambio social, historia política y sociología política.

2 El individualismo metodológico, que funda sus cimientos en las decisiones autónomas, la diferenciación y la auto responsabilidad, es el principal blanco de ataque de la obra de Tilly.

3 Wright, Erick Olin, 1999, "Metatheoretical Foundations of Charles Tilly's, Durable Inequality", Department of Sociology University of Wisconsin, Madison.

www.ssc.wisc.edu/wright/Tilly.pdf

de la pregunta sobre ¿cómo las desigualdades categoriales trabajan dentro de una organización? De esta forma, el trabajo se enfoca en el estudio de las relaciones o vínculos sociales que generan desigualdades en pares categoriales distintivamente circunscriptos como mujer/varón, ciudadano/extranjero, aristócrata/plebeyo, entre otros, y que perduran a lo largo de una carrera, una vida y una historia organizacional.

La teoría de Tilly puede ser definida como un tipo de “estructuralismo combinatorio”, que consiste en concebir a las estructuras sociales no como entidades en sí mismas, sino como producto de las acciones e interacciones transaccionales de los individuos. Esta combinación parte de un mapeo de formas elementales que son, por un lado, configuraciones de relaciones sociales⁴ como las organizaciones, donde la inequidad es construida dentro y a través de ellas y, por otro lado, de mecanismos generadores de inequidad como la explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación (Wright 1999).

Según Tilly, los mecanismos de explotación y acaparamiento de oportunidades son los elementos básicos para la estabilización de este sistema de desigualdades categoriales, ya que se generan ventajas permanentes a ciertas personas en el acceso a recursos escasos y se limita o excluye a otros como una forma de aseguramiento de este proceso. Es decir, la desigualdad es un mecanismo funcional y eficiente para que en un sistema se produzca permanentemente la explotación y el acaparamiento de oportunidades. Los sistemas de emulación y adaptación, por otro lado, son elementos generadores que hacen que este sistema de desigualdad sea difundido a través de la sociedad, convirtiendo al proceso en inevitable y capaz de adaptarse a la vida rutinaria

de las personas; en otras palabras, la adaptación y la emulación aseguran las desigualdades haciéndolas habituales y esenciales tanto para explotadores como explotados de manera semejante.

Esta estrategia utilizada por Tilly no debe ser vista solamente como una especie o una variación de un funcionalismo explicatorio simple, ya que se puede confundir a la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación como mecanismos causales y no como lo que son, es decir, como atributos permanentes que - aunque inadvertidamente- se establecen en las relaciones sociales.

Para el enfoque relacional, las categorías de desigualdad son invenciones sociales que solucionan problemas de la vida cotidiana producto de la interacción social. La cultura es concebida como un conjunto de nociones compartidas que se entrelaza fuertemente en las relaciones sociales; es decir, cultura y estructura son simplemente dos abstracciones convenientes de la misma corriente de transacciones donde las ideas cambian ideas, las que luego constriñen el comportamiento y les sirve a los individuos de herramientas y coacciones para futuras desigualdades. De esta forma, las transacciones se aglutinan en lazos sociales; éstos se concatenan en redes o estructuras, las redes existentes fuerzan soluciones de los problemas organizacionales y aclaran la creación, el mantenimiento y el cambio de las desigualdades categoriales. En este sentido, las categorías no deben ser entendidas como un conjunto de atributos inconfundibles de las personas, sino como relaciones sociales estandarizadas y movibles (Tilly 2000).⁵

4 Las configuraciones sociales básicas son: las cadenas, las jerarquías, las triadas, las organizaciones y los pares categoriales. Tilly, sin embargo, concentra su estudio principalmente en las organizaciones.

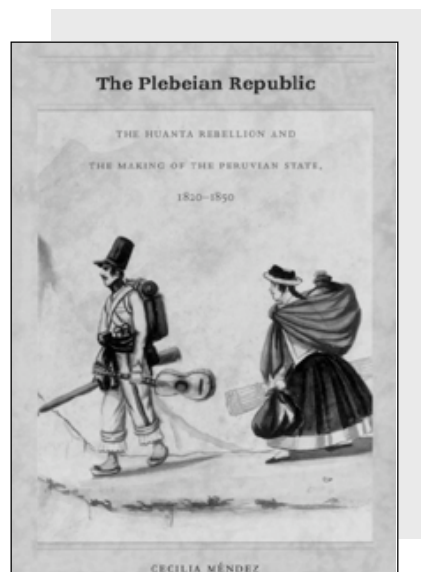
5 El mismo sostiene que las condiciones para que una categoría de inequidad cambie se dan cuando los beneficios de la explotación y acaparamiento de oportunidades declinan y los costos de sostener ese proceso incrementan.

La característica distintiva del modelo de Tilly es que los problemas de las desigualdades son productos de tensiones del sistema generador. Estos problemas estimulan a su vez la producción de una nueva solución organizacional. Esta nueva solución “funcional” de la organización se vuelve en la fuente de una nueva tensión sistemática, la cual genera un nuevo problema al que le corresponde otra nueva solución organizacional y así sucesivamente. Esto ha generado que el autor no piense en soluciones definitivas de las desigualdades, sino en mecanismos explicativos que a su vez son parte de las soluciones y del problema al mismo tiempo.

Estoy de acuerdo en la importancia del análisis relacional en la explicación de fenómenos específicos como las desigualdades ya que muchos autores tienden a poner poca atención en él y se fijan más en los atributos de individuos o grupos; sin embargo, considero innecesario entrar en la discusión sobre si el análisis relacional es un esencialismo más o si Tilly promueve una ortodoxia de sus postulados o no, pues esto no es más que un confuso e inoperante juego de palabras. En el análisis relacional lo que operan son las respuestas y las soluciones indeterminadas que pueden ser estables y luego variables dependiendo de la relación y el alcance de nuestras preguntas. Las inequidades son mecanismos generadores de problemas y tensiones producto de relaciones organizacionales y no por organizaciones autónomas de la sociedad.

La obra de Tilly es importante al análisis de las desigualdades por sembrar un nuevo espíritu sociológico en el estudio de dicho fenómeno. Este espíritu se genera en un constante proceso de construcción social que es lo que le da vida al proceso y a su vez una característica estandarizada y permanente.

Daniel Pontón C.



Cecilia Méndez Gastelumendi, 2005,
The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850
 Duke University Press, Durham, 343 págs.

The Plebeian Republic constituye sin lugar a dudas el mejor estudio que se ha hecho de un singular movimiento realista: el que se llevó a cabo contra la naciente república peruana desde las alturas de la provincia de Huanta, en el departamento de Ayacucho, entre 1826 y 1828. El libro, sin embargo, por su enfoque, desborda el episodio local, aportando sugerentes reflexiones sobre las actitudes políticas del campesinado indígena, la frágil constitución del Estado republicano y el papel que ha jugado el mismo en la construcción de las identidades/alteridades étnicas y locales. La autora quiere demostrar, entre otras cosas, que los campesinos de Huanta no fueron espectadores indiferentes o “carne de cañón” en las numerosas contiendas que siguieron al inicio de la República. Intenta impugnar una historiografía para la cual las poblaciones rurales no tienen una clara percepción de los conflictos nacionales, razón por la cual serían fáciles de manipular.

Como señala Cecilia Méndez en la notable introducción de su libro, la persistencia de estas interpretaciones tiene alcances insospechados. En 1983, en el apogeo de la barbarie iniciada por Sendero Luminoso, ocho periodistas fueron asesinados por los campesinos de la comunidad huantina de Uchuraccay, en aquellas mismas alturas donde anteriormente había estallado la rebelión monarquista. La reacción de la opinión pública fue, sin embargo, muy similar a la demostrada siglo y medio atrás con respecto a la rebelión: “básicamente –señala Méndez–, la misma resistencia a aceptar que los pobladores habían actuado por su propia voluntad. Si en 1983 los campesinos habían sido persuadidos por los militares, en 1826 lo habían sido por los españoles” (p. 5). De otro lado, una comisión investigadora nombrada por el gobierno llegó a la conclusión de que los habitantes de la zona, supuestos descendientes de la etnia de los *iquichas*, vivían al margen de la civilización y conservaban una hostilidad que habrían mostrado ya frente al Tawantinsuyu. La violenta reacción de los campesinos era en cierta medida comprensible, natural. Étnica. O buenos, o malos; pero salvajes.

En su investigación, la autora desbarata varios de estos mitos. Una minuciosa revisión de las fuentes coloniales tributarias, etnográficas y cartográficas la lleva a postular que esta identidad *iquichana* surgió recién en el siglo XIX, a raíz de la rebelión monarquista (pp. 226-227). Posteriormente, a inicios del XX, intelectuales locales mestizos reivindicarían (inventarían, en el sentido de Hobsbawm) una tradición que hace hincapié en la ancestral belicosidad del huantino o *iquichano*, buscando ellos de esta manera posicionarse frente al galopante centralismo limeño. La mencionada comisión investigadora recogería acriticamente estas leyendas. En ese sentido, el caso estaría mostrando cómo la escasa historización de ciertos temas –por la incomodidad que causa la presencia de peruanos realistas, en esta ocasión– puede contribuir a colonizar la mirada frente a los “otros”, cuyas acciones, al no tener

explicación racional, se archivan en el ámbito de lo inmemorial o mágico-religioso.¹

Por el contrario, Méndez demuestra que esta rebelión monarquista defendió intereses concretos, siendo dirigida principalmente por grupos de poder local cuyo sostén económico giraba en torno a la producción y distribución de la coca. El Estado borbónico había incentivado el desarrollo de esta actividad en Huanta, proveyendo, por ejemplo, composiciones de tierras y exenciones tributarias a quienes instalasen nuevos cultivos. Estos favores de la corona ayudarían a comprender la militancia realista de la provincia (pp. 71-72). Las guerras de independencia desbaratan los activos circuitos mercantiles cocaleros. Uno de los afectados debió de ser sin duda el indio José Antonio Huachaca, máximo líder del inminente levantamiento, quien vivía del arriaje y no tenía mayores propiedades (p. 239). Los cupos de guerra no cesan con el advenimiento de la república; se transforman en represalias. Y es así como la prédica de los capitulados peninsulares y criollos habría encontrado aquí, a pocas leguas del campo de batalla de Ayacucho, refugio y suelo propicio.

En los diferentes capítulos, la autora examina la geografía y demografía de la zona, la ideología realista de los huantinos, sus formas de producción y comercio, la tenencia de la tierra, relata los acontecimientos de la rebelión y describe minuciosamente sus emplazamientos militares.

Uno de los capítulos más interesantes para la discusión es el VI, donde se analiza la composición y el comportamiento de los dirigentes de la rebelión. Sus máximos líderes eran indígenas, a diferencia, por ejemplo, del movi-

1 En este punto sería interesante una comparación con el caso de los pastusos, acérrimos realistas que participaron luego en las luchas caudillistas de la política colombiana. Actualmente, los nativos de la zona controlan la memoria histórica de aquellos hechos mediante la narrativa que producen sus propios intelectuales. Véase Joanne Rappaport, 1994, *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*, University of Chicago Press, Chicago.

miento de Túpac Amaru II, donde fueron más bien criollos y mestizos (p. 183). No eran curacas ni alcaldes de indios; su autoridad obedecía a criterios poco tradicionales. Componían, en su mayor parte, un sector diferenciado del campesinado, a la par que inserto culturalmente en él, y que vivía principalmente de la circulación de la hoja de coca: arrieros, comerciantes, pequeños hacendados. Agentes rurales más que campesinos. Méndez sostiene que la legitimidad de estos dirigentes no descansaba en criterios étnicos sino en la habilidad que demostraban para la conducción de la guerra —el hábitat cotidiano de la independencia en adelante—. El nombramiento de un indígena como subdelegado, un cargo que durante el orden colonial estaba reservado para españoles, y que recientemente había ocupado uno de los grandes terratenientes de Huanta, le lleva a proponer una “disolución de las etnicidades” en el transcurso de la rebelión (p. 187). Considero que este último punto es discutible, pues la dirigencia de la rebelión estaba económicamente diferenciada del campesinado, y varios estudios revelan cómo desde la colonia tardía clase y etnia tendían a superponerse en el mundo rural andino.² Sin embargo, la tesis de la legitimación por la guerra sí parece ser cierta; un tipo inédito de liderazgo montonero “indígena” al que valdría la pena seguir en otros contextos.³

Precisamente, en el capítulo VII, la autora examina de cerca la participación de los montoneros de Huanta en las guerras civiles de la década subsiguiente. A pesar de haber desafiado anteriormente al Estado —o quizás precisamente

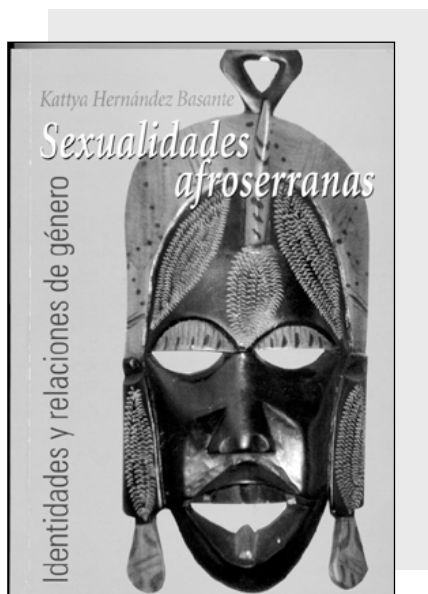
por esta causa, ser políticamente relevantes—, fueron llamados varias veces por los gobiernos para combatir a los caudillos que pretendieron tomar el poder por la fuerza. Méndez presenta cartas de extraordinario valor en las que los generales de Orbegoso y este mismo presidente prácticamente ruegan a sus antiguos rivales, los montoneros huantinos, para que les ayuden a derrotar al golpista Gamarra en su paso por Ayacucho (pp. 195-6). Asimismo, documenta la participación de los huantinos del lado de Santa Cruz durante el episodio de la Confederación Perú-Boliviana. La autora demuestra que los montoneros de Huanta tendieron a forjar alianzas políticas con el liberalismo, o contra el conservadurismo expresado en la persona de Gamarra.

The Plebeian Republic es, sin embargo, mucho más que una historia de batallas y ambiciones de caudillos. Supone toda una interpretación de un período de la historia peruana. A partir de la independencia, el Estado se imagina como centro de los conflictos y su toma como la solución. Sin embargo, el mismo no estaba en capacidad de garantizar sus fronteras, su continuidad institucional y su dominio sobre el interior del país —donde se pelean todas las batallas importantes del período—, razón por la cual se habría visto en la necesidad, generalmente incómoda, de negociar con los poderes locales y de incentivar a veces su participación violenta. En ese sentido, los notables hallazgos de Cecilia Méndez cuestionan el supuesto temor que habrían tenido los criollos para movilizar a los campesinos como producto de la sublevación de Túpac Amaru II. El título del libro, “La república plebeya”, sugiere un contraste con otra época de la historia peruana —inicios del siglo XX— conocida como la “república aristocrática”, momento en que la expansión del capital y del latifundio habrían de facilitar el dominio del Perú urbano sobre el rural.

José Luis Igue Tamaki
Pontificia Universidad Católica del Perú
igue.jl@pucp.edu.pe

2 El más influyente de ellos ha sido el de Karen Spalding, 1974, *De indio a campesino*, IEP, Lima.

3 Tómese, por ejemplo, el caso poco estudiado de Ignacio Quispe Ninavilca, descendiente del curacazgo de Huarochirí, en la sierra de Lima. Durante las guerras de independencia destaca del lado patriota como hábil dirigente montonero, luego con la república es electo diputado para el Congreso Constituyente y, posteriormente, participa de las guerras caudillescas recuperando la ciudad de Lima para Santa Cruz en su campaña contra Salaverry. Véase Cristóbal Aljovín, 2000, *Caudillos y constituciones: Perú, 1821-1845*, PUCP. IRA / FCE, Lima, pp. 200-201.



Katty Hernández Basante

**Sexualidades afroserranas:
identidades y relaciones de género**

CEPLAES-ABYA YALA, 2005.

Uno de dilemas interpretativos al que nos vemos abocados en nuestro oficio es cómo hablar de la exclusión desde miradas que contemplan las diferencias y la posibilidad de actuación (o agencialidad) de las personas, cuando sabemos que los entornos -económicos, sociales y políticos- que estructuran sus proyectos de vida más bien nos hablan de discriminaciones persistentes, exdusiones intergeneracionales y profundización de las desigualdades. Si bien desde la teoría social se han planteado muchos debates en torno a estos dilemas, y gran parte del desarrollo de las teorías feministas también se ha centrado en entender las articulaciones entre desigualdad y diferencia, a la hora de construir una investigación y analizar un caso concreto nos topamos con muchas dificultades y dudas metodológicas sobre cómo efectivamente nuestro análisis logra dar cuenta de estas diferencias para entender mejor las desigualdades.

El libro de Katty Hernández sobre *Sexualidades afroserranas* se inscribe en esta búsqueda. A través de un estudio de caso en el Noroccidente de la ciudad de Quito, analiza los procesos de discriminación presentes en este espacio y las respuestas que han elaborado las poblaciones negras frente a la exclusión. Como lo analiza bien el texto, estas respuestas pueden plasmarse en la construcción de una identidad colectiva y su politización pero también están presentes en formas de resistencia que surgen en la vida cotidiana, en el día a día en que transcurre la vida de las personas. En ese sentido, el espacio de la sexualidad -de los discursos y de las prácticas cotidianas en torno a la sexualidad- es un lugar en donde estas transgresiones y resistencias se vuelven particularmente visibles. Así, la apuesta por la perspectiva de género y por la construcción social de la sexualidad le permiten a la autora analizar las discriminaciones -raciales, económicas, generacionales- presentes en la construcción de las identidades.

La pregunta que organiza el texto de Hernández es, ¿qué significa ser negro o negra, tener raíces campesinas y vivir en un barrio pobre de la ciudad de Quito? En ese sentido la autora insiste en el significado que determinado proceso social, como el de la migración del campo a la ciudad y una trayectoria histórico cultural específica, como la del pueblo negro afro serrano, son elementos determinantes en la comprensión de las formas de exclusión que viven las poblaciones afro serranas en el contexto urbano de la ciudad de Quito. Hernández aborda el tema de la construcción de estas identidades, discriminadas y transgresoras, desde la sexualidad y las relaciones de género y así emprende un doble juego: por un lado muestra cómo la sexualidad está entrelazada con la pobreza y el racismo, pero a su vez devela cómo la sexualidad, a través de los discursos, las prácticas y las autopercepciones de los actores, puede ser un lente para

entender mejor la configuración de estos procesos sociales más amplios, como son la desigualdad y la exclusión.

El estudio realiza un trabajo de articulación de la perspectiva de género con otros enfoques más clásicos de la antropología sociocultural y hace una revisión de las entradas interpretativas para estudiar la sexualidad desde las ciencias sociales como antesala para la interpretación del dato etnográfico. Esta síntesis sobre los distintos acercamientos a la sexualidad desde el feminismo y las ciencias sociales es una herramienta de trabajo muy útil para los estudios de género que puede ser utilizada como punto de partida para familiarizar a estudiantes de antropología y de las ciencias sociales en general con la literatura sobre género y sexualidad.

Sin embargo, la parte más enriquecedora del texto es la forma en que la autora analiza las identidades. En efecto, el recorrido empieza por lo más externo, los discursos hegemónicos de la sociedad mestiza sobre la sexualidad de la población afro, luego la autora los contrasta con las autopercepciones sobre la sexualidad y el cuerpo de los propios actores, para finalmente asentar su análisis en las prácticas mismas -el juego, el baile, el sexo- como espacios de puesta en acción de estas identidades. La autora termina con un análisis de cómo la sexualidad incide en la configuración de relaciones de género particulares en este

grupo. En este camino vemos cómo la reproducción de la dominación y también la transgresión coexisten y son harina del mismo costal en los juegos identitarios, pero además, y eso es lo más relevante, la forma en que las relaciones de poder las atraviesan.

El localizar el estudio en el análisis del cuerpo es estratégico para descifrar esta dinámica entre reproducción de la dominación y transgresión. Los cuerpos racializados y estigmatizados se recrean en las dinámicas sexuales, en los juegos, en las autovaloraciones. Asimismo, el estudio deja ver que estereotipos de fogosidad contrastan con sistemas de control muy fuertes del cuerpo de las mujeres. De esta manera la autora demuestra cómo más allá de los estereotipos, las sexualidades de hombres y mujeres son concebidas, valoradas y normadas de acuerdo a jerarquías de género y generacionales.

Las marcas de la desigualdad de la sociedad ecuatoriana están sin lugar a dudas ancladas en los discursos y prácticas de uno de los grupos sociales que ha sufrido mayor discriminación en el país, como es el afroecuatoriano. Katty Hernandez nos ofrece con este libro una entrada para entender mejor esta discriminación.

Gioconda Herrera

Programa de Estudios de Género,
FLACSO-Ecuador